

# La Lectura



# Popular

PUBLICACIÓN QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

## OPERACION DE CATARATAS

Dadas la gran bondad y sabiduría de Dios, no tenemos duda que el horrible crimen que ha puesto en peligro la vida del actual presidente del consejo de ministros Sr. Maura, ha tenido un fin providencial más alto de lo que parece.

El fanatizado asesino se propondría herir el principio de autoridad, pero Dios ha querido valerse quizás de su puñal para realizar una operación de cataratas.

Porque si de esta no caen de los ojos del Sr. Maura y de todos los católicos liberales que piensan como él, el velo que les impide ver las cosas como son y como las ven todos los ojos sanos, para reconocer que el error no puede tener *los mismos derechos que la verdad* como pretende el Sr. Silvela ni el derecho público ser *independiente de la religión y fundarse solo en el Sufragio* como pretende el Sr. Maura, despidámonos de toda esperanza de remedio y aguardemos solo que venga una república no ya anticlerical sino anti-humana que unja con colirio de sangre y fuego las cegueras voluntarias de estos hombres dejados de la mano de Dios, á ver si se curan de una vez.

¿En qué cabeza cabe que pueda haber orden, ni moralidad, ni justicia, ni nada en una nación donde por sistema se abre la puerta á los enemigos de toda moralidad de toda justicia y de todo orden para que derriben á su antojo cuanto se trata de edificar?

Si los señores Maura y Silvela hubiesen de levantar una casa ¿consentirían que mientras por un lado iban alzándose paredes, por otro viniese una cuadrilla de locos ó malvados derribando lo que se levantaba?

No es posible haya escapado á la percepción del Sr. Maura que lo que ha dirigido contra su pecho el puñal del as-

sino ha sido la propaganda de las doctrinas absurdas que cada día crece por momentos amenazando convertir la sociedad en un manicomio.

¿Y á título de qué se consienten esas propagandas si no á título de los principios liberales, de esos principios condenados con tan justificado motivo no solo por la Iglesia sino por el sentido común?

Pués si la razón y la fé condenan tales principios, ¿por qué estos católicos incalificables no los condenan también?

Si tales principios son incompatibles con la vida de un hombre llámese Maura, Cánovas, Humberto, Carnot ó Makinley; solo porque ese hombre representa la autoridad ¿cómo no han de ser incompatibles con la vida de una nación cualquiera que sea la forma de su gobierno?

Nosotros protestamos contra el crimen de que ha sido víctima el Sr. Maura pero antes protestamos de los principios que profesa el Sr. Maura, porque lógicamente son los que llevan consigo la reproducción de ese y otros crímenes.

Nosotros odiamos el infame puñal que ha querido matar á un hombre, pero antes odiamos la infame doctrina que va contra la verdad y pugna con todo orden, convencidos de que mientras no se desarraigue esa doctrina derribando los apoyos político-doctrinales que la sostienen en vano se intentará arraigar en las naciones la paz, la prosperidad y la civilización.

### POSTDATA

Dicen que se trata de formar una nueva agrupación de católicos para apoyar la política del Sr. Maura.

¿Qué política?

¿La de criar cuervos para que le saquen los ojos?

¿La de empollar huevos libertarios y socialistas al calor de los principios *conservadores* para que robustecidos los bichos acaben con lo que queda en esta desdichadísima nación?

¿Pero es que nos hemos vuelto locos?

Adolfo CLAVARANA.

## SECCION INSTRUCTIVA

No asuste á nuestros lectores la longitud del artículo que copiamos á continuación, ni la severidad de su epígrafe. Léanlo; léanlo sin perder una sola línea, pues es de lo más claro, oportuno é instructivo que hemos publicado en LA LECTURA POPULAR.

## EL AMOR DEL DEBER

¡Deber! Esta palabra aparece escrita en la esencia de todos los hombres que salen de las manos de Dios. Todas las células de nuestro organismo, todas las fibras de nuestro corazón, todos los repliegues de nuestro espíritu, todas las partículas de nuestro aliento y moléculas de nuestra sangre, todas ellas llevan esencialmente impresa con caracteres indelebles, identificados con nuestro propio ser, esta palabra: *Deber*.

¿Qué es el hombre? Es una deuda de Dios. Un ser que se debe enteramente á Dios, que no tiene ni momento de su historia, ni partículas de su naturaleza, ni movimiento ninguno de su vida, que no esté *debido*, desde su primer principio hasta su último fin, á Dios. Por donde tenemos tanto de *deber* en nuestra naturaleza de siervos que acertaríamos si digésemos que nuestra esencia es toda ella *deber*, sin que haya en todo nuestro ser nada que pueda sustraerse á esta ley esencial al hombre.

Si se comparase nuestra vida á un libro de comercio, en todas sus hojas no encontraríamos nada más que estas dos partidas: ¡Deber y ¡Pagal Capital propiamente nuestro, no tenemos ninguno. Todo lo tenemos prestado y debido, y estamos obligados á irlo pagando sucesivamente mientras nos dure la vida.

He aquí la noción del deber, alrededor de la cual gira toda la moral.

I

Nuestro acreedor.

La noción del deber lleva consigo ne-

cesariamente la noción de acreedor. El que debe, debe á alguien, ¿Quién es, pues, nuestro acreedor? ¿Á quién debemos lo que debemos los hombres?

Á Dios. Dios es nuestro acreedor. Cuando nosotros no teníamos absolutamente nada, él libre y generosamente nos dió todo cuando tenemos, toda nuestra existencia, con la obligación de deber, es decir, de emplear sucesivamente cuando él reclamase todo nuestro ser, toda nuestra hacienda en lo que él mande. Nos debemos á él, estamos en el mundo para hacer lo que mande él, tenemos que irle pagando la deuda de toda nuestra esencia y existencia entregándosela poco á poco, y nó extinguiremos esta deuda hasta el día en que totalmente nos hayamos entregado á él.

He aquí el núcleo de toda la moral humana y el fundamento de toda obligación. Debiéndonos á Dios, á él debemos entregarnos haciendo lo que él nos mande, ó lo que es lo mismo, cumpliendo nuestro deber y deuda.

Cada uno de nosotros es un niño pequeño á quien nuestra madre, (Dios) al criarnos, pone al extremo de un breve camino, y desde el otro extremo le llama cariñosamente, y dice: ven á mí. Nuestro deber es ir derechamente á Dios. Nuestra deuda se acabará cuando nos hayamos arrojado en él. Y nuestro premio será el abrazo perdurable que nos dará cuando lleguemos.

He aquí el concepto y explicación del deber. Es, no puede negarse, humillante la condición humana.

Sin embargo, lo mismo que nos humilla nos dignifica.

Porque, precisamente porque tenemos deberes, tenemos también derechos.

## II

### Fundamento del derecho.

Desde el momento en que Dios me cria con deber de hacer todo lo que él me ordene, tengo derecho á todo lo que se necesite para cumplir ese deber. Tengo derecho á conservar la existencia y á perfeccionarla, á perfeccionar mi entendimiento con la verdad, á mejorar mi voluntad con la virtud, á ir derechamente por el camino que me lleva á Dios, usando para ello de los bienes de este mundo cuanto para ello me sirvan, y apartando todo estorbo que me impida ir adonde me llama Dios.

El deber en la criatura es anterior al derecho. El hombrecillo sale de las manos de Dios sin derecho ninguno. ¿Qué derecho puede tener el que no tiene nada que no haya recibido? Pero si Dios le di-

ce: ¡ven! ¡haz esto! ¡guarda mis mandamientos, cumple tus deberes! desde ese momento tengo derecho ante los demás hombres para ir, hacer, obedecer, cumplir lo que Dios manda.

Este es el fundamento del derecho. El primer eslabón es el deber. Todos los derechos del hombre dependen de este eslabón que nos ata á Dios. Quitado ó suelto este eslabón, toda la cadena de derechos cae en el abismo de la nada.

Necedad es de nuestros sabios racionalistas, soberbios y rebeldes, no hablar más que de derechos del hombre y suprimir los deberes, sobre todo los deberes para con Dios. ¡Infelices! Si no tenemos deberes, y sobre todo sino tenemos deberes con Dios, no tenemos derechos. Porque la tierra y todos sus bienes no son míos, son de quien los crió, á fin de que nos sirviésemos para cumplir nuestro deber.

El que quiera hacer valer su derecho, primero tiene que confesar su deber, y probar la necesidad ó conveniencia para su deber de aquello á que pretende tener derecho.

## III

### Verdadera independencia.

Es evidente que siendo la libertad é independencia personal el primer derecho del hombre que tiene que cumplir su deber, éste también ha de ser el primer privilegio que Dios conceda al que quiera cumplirlo. Y así es.

El deber nos sujeta á Dios, pero nos libera de todos los demás. Yo ligado con Dios y obligado á servirle, estoy por lo mismo libre é independiente de todo yugo que no sea de Dios. Debo, sí, obedecer á los hombres, pero en cuanto me lo manda Dios y son representantes de Dios, de modo que en rigor no obedezco á los hombres sino á Dios.

En virtud de esta doctrina, el que cumple con su deber es independiente de toda autoridad ó representación terrena que no ejerza en nombre de Dios. Cuando me manden cosas contrarias á mi deber, puedo hacer frente al alcalde, rechazar al gobernador, resistir al gobierno entero y desobedecer al rey.

Cuando Dios me dice ven y yo debo ir, tengo derecho, si alguien se interpone en mi camino, á arrollarlo, á atropellarlo, á derribarlo y pasar por encima, sea, quien sea, amigo, enemigo, padre, madre, patria, gobierno, rey ó emperador.

Yo no debo á nadie nada que no deba antes que á él y mucho más que á él á Dios: los mismos beneficios que los hombres me hacen, más me lo hace Dios que ellos: en su principio y sustancia, lo mis-

mo que en su ejercicio y fin más vienen de Dios que de la criatura. Y si desde el primer momento de mi ser me debo á Dios, es manifiesta cosa que ya no puedo deber á nadie nada contra Dios, mucho menos á los hombres, que como yo todo lo deben ellos mismos á Dios.

¿Me manda el rey algo contra Dios y contra la ley de Dios, contra el Evangelio, contra la Iglesia, representante infalible de Dios? Desobedezco al rey. Porque ¿qué debo yo al rey cuando no obra como representante de Dios; á quien lo debo todo? ¿Lo exige el bien público? ¿Y qué debo yo al público si ese público es contrario á lo que me manda Dios? ¿Lo pide la caridad del prójimo? ¿Y qué debo yo al prójimo que no deba á Dios, ni quién es ese prójimo cuando se opone á lo que yo debo á Dios? ¿Lo reclama el perfeccionamiento de la humanidad? ¿Y qué me importa á mí de ese fantasma de perfeccionamiento colectivo, que los hombres que quieren dispensarse de su deber personal han introducido, si yo falto al cumplimiento de mi deber y á mi perfección?

Esta es la indomable independencia de los santos, que, humildes y mortificados como suelen ser, resignados y tolerantes con todas las molestias, cuando se trata de su deber son inflexibles, independientes, insubordinados y (aunque esta palabra no tiene aquí lugar) rebeldes á toda humana ingerencia en el campo de su obligación.

## IV

### Verdadera dignidad.

Por donde considerando esto mismo bajo otro aspecto podemos decir que el deber y su cumplimiento al dar al hombre esta independencia y libertad de todo yugo de los hombres, lo eleva á una dignidad altísima, y desobligándolo para con los hombres de toda obligación que no sea conforme á la ley divina, lo presenta ante los demás como una cosa sagrada, inviolable y estoy por decir como divina. En efecto, el hombre que cumple su deber tiene algo de divino, es una cosa perteneciente á Dios.

El embajador que lleva los poderes de su rey, el soldado que parte por orden de su general, el servidor que va á cumplir las órdenes de su señor, es respetado y reverenciado como el amo mismo en cierta manera: todos le dejan libre, todos le abren paso, todos le atienden y auxilian para que cumpla su misión, y se tendría por ofensa del superior poner impedimento ó estorbo ninguno al encargado de cumplir sus órdenes.

He aquí lo que somos cuando vamos caminando por orden de Dios, es decir, cuando cumplimos nuestro deber. Todo el mundo tiene que respetarnos, todos tienen que abrirnos paso, nadie por autorizado por rey, por emperador que sea, tiene derecho á impedirnos la ejecución de los mandatos que hemos recibido del Señor y Padre universal de todos, á cuyo servicio estamos antes que al de ningún otro superior de la tierra.

El hombre que dice: cumplo mi deber, dice: soy algo de Dios pertenezco á Dios, llevo mandatos de Dios. ¡Pasad! Respetadme como se respeta á Dios.

¿No es ésta la persuasión de toda la humanidad? Esta es. Cuando vemos á un hombre que cumple su deber, lo reverenciamos como á una cosa augusta y venerable, Nada hay que nos infunda más respeto. Nadie le censura sino el necio, estúpido y degradado. Y cuando alguno, por cumplir con su obligación, recibe alguna crítica ó tropieza con algún considerado que se le ríe, puede helar la risa de su censor con esta sola expresión: «¡He cumplido mi deber!»

De ahí que en la sociedad siempre aparece triunfante el que cumple su deber, y siempre derrotado el que á él falta. Deprimid, derrotad, expulsad, humillad, aplastad, dad la muerte al que cumple su deber... Siempre le veréis vencedor y triunfante, envidiado de todos los que tengan algo de razón, y tanto más alto y soberano cuanto más haya sufrido por cumplir su obligación. El tipo y modelo de esta sublime grandeza es el mártir que muere por cumplir su deber. No se conoce mayor grandeza en este mundo. Agonizando en un charco de su sangre sonríe, abrasado en una pira de fuego canta, despedazado en el ecúleo permanece sereno. Lo matan, y triunfa muriendo de sus verdugos.

Por el contrario, levantad sobre él al que falta á su obligación y no cumple su deber, y aun subido en su fortuna, alabado, ensalzado, rodeado de nubes de incienso y de himnos de alabanza, siempre, mientras se le pueda echar en cara que no ha cumplido su deber, aparecerá ante sus propios ojos y ante las miradas de los demás como indigno, traidor, cobarde, vencido y derrotado.

Esta es la inmensa diferencia que va del que cumple su deber al que no lo cumple, sin que puedan disimularla todos los artificios y disimulaciones humanas. El que lo cumple tiene algo de divino; el que no, ni siquiera llega á humano.

V

**Verdadero placer.**

Pero hay más. Esta dignidad, esta in-

dependencia, esta como divinidad del deber y de quien lo cumple, no son arideces privadas de todo gusto y placer del alma.

Al contrario: el deber causa al cumplirlo el más sólido y delicado de todos los placeres. Como ha puesto Dios en todos los frutos de la tierra junto con la sustancia nutritiva la suficiente cantidad de azúcar, para que el paladar no rehuse lo que conviene á la naturaleza, así en cada uno de los deberes ha puesto su tanto cuanto de satisfacción, de gusto, de sabor, que sazonan lo que muchas veces sería durísimo y amarguísimo.

No proporciona el deber embriagueces de gozo, arrebatos de placer, paroxismo de deleite... Pero en cambio proporciona un gozo suave y latente; pero constante y sin amargura.

Hay un placer en la vida física al cual se puede comparar este placer que en vida moral tiene el que cumple su deber: es el placer de la salud. Nadie lo cuenta entre los placeres, y sin embargo nadie prefiere placer ninguno á la delicia de vivir con salud. Enhorabuena que no nos demos cuenta de lo finísimo de la delicia de vivir con salud que Dios ha concedido á la existencia humana, pero cuando viene la enfermedad no hay nadie que no sienta la dulzura y bienestar de lo que ha perdido, y que no dé cualquier cosa y tolere cualquier amargura por recobrarlo.

Pues bien, lo que la salud es al cuerpo, eso es la buena conciencia al ánimo. El placer del bienestar que siente el cuerpo sano, es lo mismo que el de la buena conciencia que experimenta el ánimo tranquilo cuando cumple su deber. No se desata de una vez todo el caño del placer, pero fluye con moderación y constancia la continua suavidad del bienestar interior. No se reúne en una copa todo el deleite para que lo apuréis en un sorbo; pero se os da gota á gota en la cantidad suficiente para que viváis alegres de cumplir el deber. Los que por ambición, ó por codicia ó por deleite abandonan su deber, tendrán ratos de más vehemente alegría, momentos de más delirio y embriaguez, pero también más ratos de horrible hastío, de inevitable tristeza, de remordimiento, de enfermedad de alma: todo ese malestar de espíritu que produce en el ánimo un desasosiego, igual al que produce el estrago de la salud en el cuerpo de los valetudinarios y crónicos, aun en las situaciones más normales.

Desdichado empeño el de los voluptuosos, querer separar el deleite que Dios ha unido con la obligación del ejercicio del deber, para dejado éste devorar

aquél. Es como si os empeñáseis en separar todo el azúcar de las frutas para pasaros la vida comiendo azúcar, sin probar lo que el azúcar en la fruta sazónaba y que os hubiera aprovechado mucho más y os hubiera deleitado mucho mejor con dulzuras que no empalagan ni estragan, como empalaga y estraga el excesivo abuso del azúcar.

VI

**Fuente de riqueza.**

Para que el cumplimiento del deber fuese la mayor felicidad de esta vida, después de lo que llevamos dicho, sólo faltaría demostrar que le sigue la riqueza. Sin embargo, parece que no podrá afirmarse tal cosa: pues es bien sabido que no siempre, ni mucho menos, es el cumplimiento del deber el mejor modo de ganar mucho en poco tiempo. Al contrario, la acumulación repentina de riquezas improvisadas la mayor parte de las veces es fruto más bien del acaso ó del fraude, que del cumplimiento de la obligación.

Mas á pesar de eso, me parece á mí muy cierto, aunque sea paradójico, que nada hay como el deber para hacer al hombre verdaderamente rico, con la mejor clase de riqueza que se puede desear.

Desde luego es cierto que la mayor parte de los casos de miseria y necesidad constante, radican en alguna falta de cumplimiento del deber. Tal vez pasateis la juventud borrascosa en devaneos y tonterías, sin disponeros para ganar el pan en vuestra mayor edad cuando os faltase el apoyo de vuestros padres. Quizás descuidasteis aquellas virtudes, sin las cuales á nadie se le busca en este mundo para nada. Por vuestra cometisteis ligerezas ó culpas ó faltas, que os hicieron indigno del puesto que os arrojaron. Tal vez en fin, por vuestro orgullo, ó por vuestro capricho, ó por vuestro mal proceder os habéis cerrado todas las puertas de la prosperidad... Y de una ó de otra manera siempre resulta que los más, casi todos los desvalidos del mundo lo están por su culpa y por no haber cumplido en uno ó en otro tiempo su deber.

El que lo cumple, el que es honrado y laborioso, aun con poco talento se abre paso lo necesario para vivir, medra lo suficiente para no necesitar, gana lo bastante para sostener decorosamente la vida, conserva, administra y reparte lo que le da su habilidad y trabajo, de tal modo, que con menos riqueza que otros muchos, es más rico, porque tiene menos gastos y necesidades.

Parecido á lo que decíamos del placer de la obligación, el deber á quien lo guar-

